

Ana Galán

mondragó



CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de las CUEVAS



Ilustraciones

Lectulandia

Las cosas no pueden ir peor. Cale, Mayo y Arco están castigados en el colegio y ahora Casi debe ir solo a la dragonería para cuidar a las crías de dragón mientras Antón y unos hombres intentan sorprender a la banda de ladrones. A Casi no le gustan mucho las aventuras, pero cuando Mofeta, uno de la banda, le dice que puede ayudarlo a recuperar las otras crías, Casi tiene que tomar una decisión. ¿Debería fiarse del chico o será una trampa? Solo hay una manera de averiguarlo.

Ana Galán

Dragones de las cuevas

Mondragó. Crias de dragón - 4

ePub r1.0

Titivillus 03.06.2020

Título original: *Dragones de las cuevas*
Ana Galán, 2016
Ilustraciones: Javier Delgado González

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





PERSONAJES

CALE

Inteligente, deportista y divertido. Tiene una misión y no descansará hasta que la cumpla.



MONDRAGÓ

No es un dragón como los demás. No puede volar, se distrae con las moscas, se tropieza todo el rato y estornuda sin parar, echando fuego por la nariz.

CASI y CHICO



Casi, el mejor amigo de Cale, casi siempre tiene buenas ideas. Chico es su dragón.

ARCO y FLECHA



Arco es el irresponsable e hiperactivo del grupo. Sus padres le obligan a usar casco cuando monta en su dragón, Flecha.

MAYO y BRUMA



Mayo es muy disciplinada ¡y muy valiente! Le encanta entrenar a su dragona, Bruma.

Lo que ha pasado hasta ahora

A Cale y sus amigos —Mayo, Casi y Arco— les han encomendado una misión muy importante y peligrosa: recuperar los huevos de dragón que ha robado una banda de delincuentes de las incubadoras de la dragonería. Es un trabajo demasiado arriesgado para un grupo de chicos tan jóvenes. Antón, el dragonero, hubiera preferido no encargarles esa tarea; sin embargo, él sabe que debe quedarse a vigilar la dragonería y reparar los desperfectos que ocasionaron los ladrones. Además, es muy importante que nadie en el pueblo se entere de lo que está pasando para que no cunda el pánico hasta que regrese de viaje el padre de Cale, que es el nuevo alcalde de Samaradó.

Los ladrones se llevaron ocho huevos en total, y Cale y sus amigos, gracias a la ayuda de sus dragones y, en especial, del travieso Mondragó, ya han conseguido recuperar cuatro de ellos.

El primero que recuperaron fue una cría de dragón de tierra o compactiforme. Es un dragoncito tímido de color azul que se encariñó con Casi, y desde entonces, el chico se ha encargado de cuidarlo.

Al día siguiente, mientras Casi construía uno de sus inventos en la dragonería, sus tres amigos salieron a buscar los huevos de dragón de fuego, que estaban a punto de eclosionar. Los encontraron en la herrería, y cuando los llevaban de vuelta a la dragonería, ilos huevos se abrieron! Salieron dos crías mandibuladas de color rojo que gruñían sin parar y se peleaban entre ellas. Cuando los chicos creían que

habían finalizado su misión y estaban a punto de llegar a su destino, los ladrones les prepararon una emboscada y los atacaron. Después de una intensa pelea, una vez más, Mondragó consiguió librarse de sus enemigos y pudieron llevar los dragones sanos y salvos a Antón.

Para encontrar al tercer dragón, un misterimorfo de agua, Cale y Mayo fueron a investigar al castillo del exalcalde Wickenburg. Allí descubrieron que el castillo estaba tomado por la banda de ladrones, unos chicos jóvenes, sucios y andrajosos que se comportaban como animales salvajes. En el foso del castillo habían metido el huevo del dragón de agua, y cuando este se abrió, se disponían a comérselo! Uno de los chicos de la banda, Mofeta, descubrió a Cale y a Mayo escondidos detrás de un árbol. Mofeta los siguió y atacó a Cale, pero este lo venció. Después regresaron a la dragonería con la cría de dragón de agua y con Mofeta de prisionero. Sin embargo, el final no fue tan feliz como esperaban. Antón, el dragonero, se enfadó porque se habían puesto en peligro y lo habían desobedecido, y decidió que ya no podían seguir ayudándolo.

¿Conseguirán Cale y sus amigos convencer a Antón de que los deje seguir con la misión?

CAPÍTULO 1

UNA COMPETICIÓN DE VUELO

Era un lunes frío de otoño, y Cale y sus amigos —Casi, Arco y Mayo— estaban en el colegio, un castillo amurallado con dos torreones bajos y dos más altos donde, con frecuencia, se podía ver al director observando lo que pasaba. Un puente de madera cruzaba el foso que bordeaba la fortaleza y daba a una plataforma de piedra que rodeaba el gran edificio. A un lado del castillo se encontraban las dragoneras, las cuadras donde los alumnos dejaban a sus animales mientras estaban en clase.

Cale había quedado allí con sus amigos a la hora del recreo para decidir qué iban a hacer con su misión. Los cuatro habían pasado el fin de semana ayudando al dragonero Antón a recuperar las crías de dragón que había robado la misteriosa banda de ladrones. A pesar de haber salvado a cuatro dragoncitos, Antón les había dicho que era una misión demasiado peligrosa y que no podía seguir poniéndolos en peligro. ¡Pero ellos no pensaban abandonar! ¡No iban a permitir que los ladrones se salieran con la suya!

Cuando Cale llegó, vio que Arco estaba ensillando a su dragón, Flecha. Casi y Mayo estaban hablando con él.

—¿Adónde vas? —le preguntó Cale.

—Vamos a echar una carrera —contestó Arco.

—¿Pero no íbamos a hablar de nuestro plan? —preguntó Cale claramente molesto.

—Terminaremos muy rápido, ya verás —dijo Arco subiéndose a la montura.

Sin darle tiempo a protestar, Arco le dio un toque de talones en los costados a su dragón, Flecha, y alzó el vuelo.

Cale vio a los otros chicos que iban a participar. Abel Crombi, uno de los mejores deportistas del colegio y el más popular entre las chicas, ya estaba calentando en el aire con su imponente dragón. También reconoció a algunos compañeros de su equipo de cruzadas, ese equipo al que Cale ya no pertenecía porque en lugar de ir a los entrenamientos, debía dedicarse a entrenar a Mondragó para que dejara de alborotar a los otros animales en el colegio.

Una chica levantó una bandera.

—¿Preparados? —preguntó a los participantes. Todos llevaron a sus dragones volando detrás de una línea imaginaria de salida—. ¿Listos? ¡YA!

Cale hubiera preferido hablar con sus amigos de lo que iban a hacer, pero una competición de vuelo en el colegio era demasiado emocionante para perdersela. La plataforma de piedra estaba repleta de chicos, y desde las ventanas del castillo, se asomaban más alumnos para animar a sus compañeros.

Nada más dar la señal, los participantes salieron disparados. En cabeza iba Abel, seguido muy de cerca por Arco. Los dragones tenían que dar una vuelta completa al colegio.

—¡Vamos, Arco! —gritó Mayo.

—¡Tú puedes! —lo animó Cale.

Casi estaba inusualmente callado. Parecía estar preocupado por algo y no prestaba mucha atención a la competición.



En el aire, Arco seguía en segundo lugar. Una chica que volaba en un dragón rojo lo adelantó a toda velocidad, y cuando estaba a punto de alcanzar a Abel, su animal le pegó un mordisco al dragón de este en la cola!

—¡FALTA! ¡FALTA! —gritó Mayo, que lo había visto todo.

Uno de los compañeros del colegio que hacía de juez a lomos de su dragón también lo vio. Señaló a la chica con una bandera roja y esta tuvo que abandonar la carrera.

Arco aprovechó la situación para adelantar a Abel. ¡Ahora iba el primero!

¡Unos metros más y llegaría a la meta!

Los espectadores gritaban y animaban como locos.

Arco ahora volaba con el pecho pegado al cuello de su dragón y miró hacia atrás para ver dónde estaba Abel. Al hacerlo, se le movió el casco y le tapó los ojos!



—¡No veo nada! —gritó.

Por supuesto, Abel no perdió la oportunidad. Pasó al lado de Arco y lo adelantó en el último segundo. El juez de meta movió la bandera y anunció:

—¡El ganador es: Abel Crombi!

Un segundo más tarde, Arco cruzaba la meta con el casco todavía tapándole los ojos, seguido del resto de los participantes.

Arco se quitó el casco y tomó tierra al lado de sus amigos. Cale, Casi y Mayo se acercaron a animarlo.

—¿Habéis visto eso? Un poco más y gano —dijo Arco mientras se bajaba de su dragón y le daba palmaditas en el cuello.

Arco era así, siempre de buen humor y viendo el lado positivo de las cosas.

—Estuviste genial —opinó Mayo.

—Sí, Arco, cada día lo haces mejor —dijo Cale.

En ese momento, sonó la campana que anunciaba la hora de volver a clase.

—Se acabó el recreo —anunció Cale—. Supongo que hablaremos de nuestro plan después del colegio.

—No me esperéis. Todavía tengo que desensillar a Flecha y darle agua —dijo Arco.

—¡No llegues tarde! —sugirió Mayo—. Nos toca clase de armas, y ya sabes cómo es el profesor Trabuco.

Cale observó a Casi. Su amigo no había dicho ni una palabra. Ni siquiera le había dado la enhorabuena a Arco por la competición. Eso no era normal en él.

—Casi, ¿te ocurre algo? —preguntó Cale.

Casi miró a sus amigos y empezó a rascarse la cabeza nervioso.



—Yo, es que... —balbuceó—. Es que tenía que contaros que ayer por la noche, Antón me envió una paloma mensajera. Me pidió que fuera por la tarde a cuidar a las crías mientras él iba a investigar con varios hombres al castillo de Wickenburg a ver si encontraban a la banda de ladrones...

¿Cómo? ¿Antón solo contaba con Casi para ayudarlo? ¡Después de todo lo que habían hecho Cale, Mayo y Arco para recuperar a las crías! Cale se quedó pensando y decidió que no debía enfadarse con Casi. Su amigo no tenía la culpa.

—No te preocupes —le dijo—. Nadie mejor que tú cuidaría a esos dragones.

—¿De verdad que no os molesta? —preguntó Casi.

—¡Por supuesto que no! —dijo Cale.

Casi se quedó más tranquilo al ver que sus amigos lo entendían.

—¡Llegamos tarde a clase! —dijo Mayo, y los tres salieron corriendo por los pasillos de piedra hasta su clase, mientras Arco metía a Flecha en las dragoneras.

Cruzaron la puerta del aula. Por suerte, el profesor Trabuco todavía no había llegado.

—¡Justo a tiempo!

CAPÍTULO 2

UNA VERDADERA INJUSTICIA

Cale y Mayo se sentaron en sus pupitres en la penúltima fila, y Casi fue al suyo en la parte delantera del aula. Un segundo más tarde, apareció el profesor Trabuco y cruzó la sala dando pisotones. Parecía muy enojado. Se acercó hasta su mesa, tiró su chaqueta encima de la silla y se dirigió a los alumnos.

—Saquen inmediatamente un pergamino —retronó— y apunten las preguntas del examen.

—¿Examen? —preguntó Cale sorprendido—. ¡No nos había dicho que íbamos a tener un examen!

Otros compañeros de su clase empezaron a protestar.

—¿Y desde cuándo tengo que dar explicaciones? No quiero oír ni una palabra más —protestó el profesor Trabuco—. Pregunta número uno: hagan una lista de las diez armas más potentes y describan detalladamente su funcionamiento. Pregunta número dos...

Cale miró a Mayo.

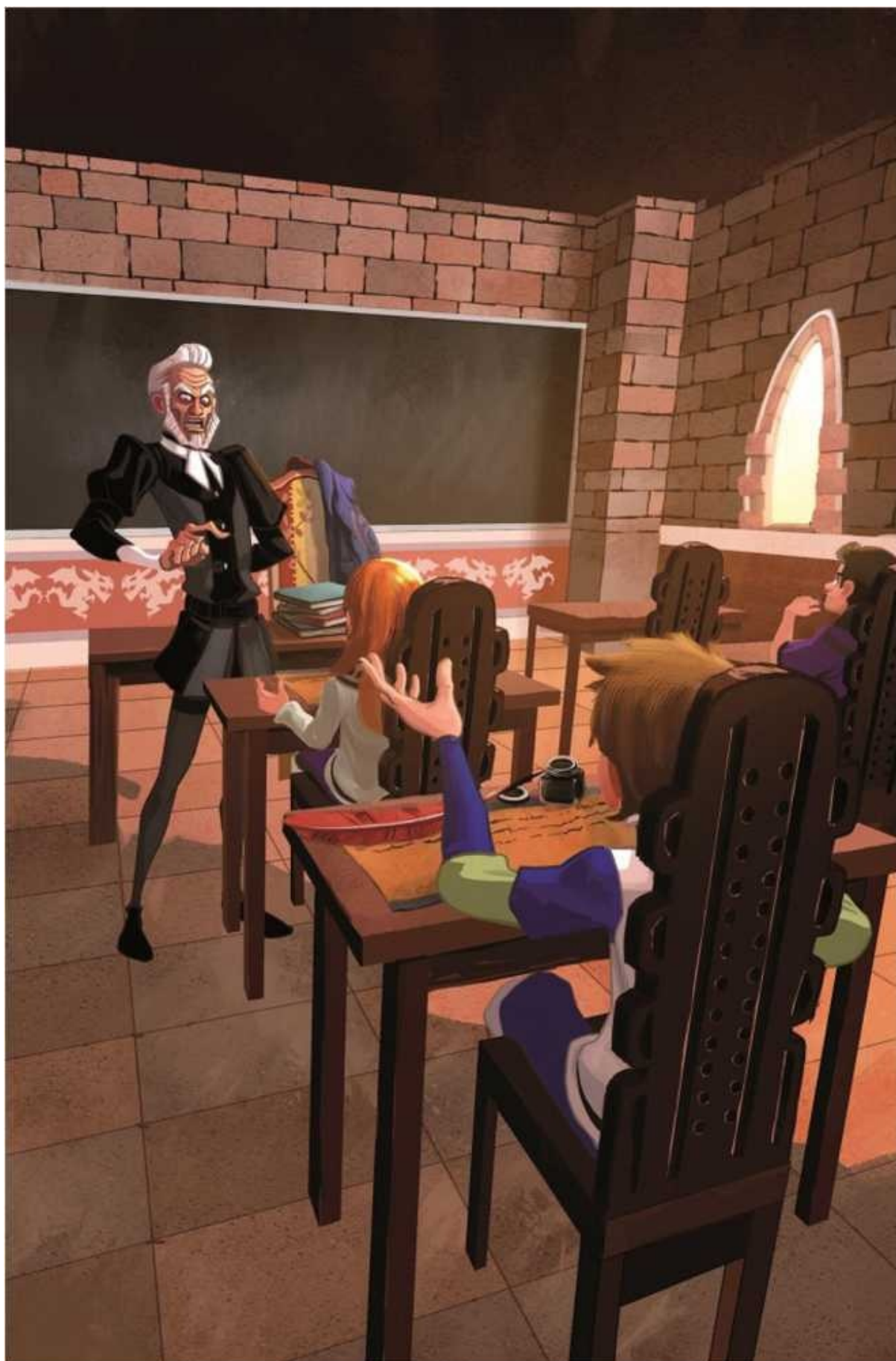
—¿Ponemos el tirachinas de Arco como la más potente? —le susurró a su amiga.

Mayo no pudo evitar reírse.

Al oírla, el profesor se acercó a ellos y los señaló con el dedo.

—¿Les parece que esto tiene gracia? Pues les voy a contar algo más divertido todavía: esta tarde se quedarán los dos en

el colegio a recuperar —dijo arrancándoles el pergamino de sus mesas.



—Pero... —protestó Mayo.

—Nada de peros —la cortó Trabuco. Se dio media vuelta y siguió dictando las preguntas del examen.

Cale estaba furioso. ¿Cómo podía hacerles eso? Ni siquiera los había dejado hacer el examen. Además, después del colegio era cuando tenían que pensar un plan. ¿Qué iban a hacer ahora?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un ruido. Era Arco, que entraba en la clase y se tropezaba con una silla. Todos los alumnos se volvieron para verlo.

—Ya estoy aquí —dijo el chico enderezándose y dirigiéndose a su mesa—, es que...

—¿Ya? ¿Ha dicho ya? ¡Esto es inaceptable! —Gruñó Trabuco—. Ya tenemos a otro que se quedará esta tarde en el colegio a recuperar...

—¡Otra vez! —dijo Arco.

—¡Silencio! —espetó el profesor—. ¡Siéntese ahora mismo y empiece con su examen!

—¿Examen? —preguntó Arco—. ¿Y qué hay que escribir?

—Si hubiera llegado a tiempo, lo sabría —dijo Trabuco con una sonrisa siniestra—. Se llevará otro cero. ¡Y no quiero volver a oír una palabra!

Arco se sentó en su pupitre y miró a Cale. Su amigo le hizo un gesto para que no siguiera hablando. Sabía que con Trabuco no se podía razonar. Arco sacó un pergamino, puso la mano encima y la resiguió con su pluma. Después pintó ojos y bocas en cada dedo. Total, si no sabía las preguntas y lo iban a suspender igualmente...



El resto de la clase se esforzaba por terminar el examen a tiempo. Nadie hablaba. Solo se oía el raspar de las plumas contra el papel.

Cuando sonó la campana, el profesor recogió todos los pergaminos y salió dando pisotones del aula.

—¿A este qué mosca le ha picado? —preguntó Arco una vez que lo perdieron de vista.

—Ni idea. Parece que la ha tomado con nosotros. Somos los únicos que tenemos que quedarnos a recuperar —dijo Mayo.

—¿Y cuándo nos vamos a reunir? —preguntó Casi preocupado. Él tenía que ir a la dragonería, y lo cierto es que le daba un poco de miedo quedarse allí solo. Preferiría que sus amigos lo acompañaran o que tuvieran un buen plan.

Cale notó su preocupación.

—Tranquilo, en cuanto salgamos de aquí vamos a buscarte —dijo.

—Pero Antón dijo... —empezó a protestar Casi.

—Dijo que no podíamos seguir buscando a las crías de dragón, pero no dijo que no pudiéramos ir a verte —contestó Cale guiñándole el ojo—. Además, tú nos puedes ir informando con tu paloma mensajera.

—¡Es verdad! Os enviaré la paloma nada más llegar y os cuento cómo van las cosas —prometió Casi.

Cuando terminó el colegio, Cale, Arco y Mayo fueron a la oficina del profesor Trabuco, mientras Casi se dirigía a las dragoneras para recoger a su dragón, Chico.

Casi se subió en la montura y le dio unas palmaditas a Chico en el lomo.

—Esta vez vamos solos —le dijo—. ¡Venga! ¡A la dragonería!

Chico alzó el vuelo y cruzó los campos de cultivo en la dirección que le había pedido su dueño. Desde el aire vieron el gran caserón donde vivía Antón, las dragoneras y las seis incubadoras de donde los ladrones habían robado los huevos.

Cerca de una de ellas estaba Antón, montado en su gran dragón bicéfalo, acompañado de un grupo de hombres.

Casi tomó tierra y se acercó a ellos. No reconocía a ninguno. Eran cuatro hombres fornidos armados con lanzas afiladas.

«Seguramente, Antón ha pedido ayuda a gente de otro pueblo para que nadie se entere de lo que está pasando en Samaradó», pensó Casi.

Antón lo saludó y le pidió que se acercara.



—Casi, por fin has llegado —dijo—. Vamos a ir al castillo de Wickenburg a investigar. Necesito que cuides a las crías de dragón. Ya les he dado de comer y ahora están dormidas. —Señaló a una ventana del caserón por la que se asomaba un chico—. Mofeta está ahí —dijo refiriéndose al ladrón que habían capturado el día anterior—. No ha querido bañarse ni decir ni una sola palabra. Ten mucho cuidado con él y no te fíes para nada. Cuando regrese, ya veremos qué hacemos.

—De acuerdo —dijo Casi mirando al chico—. No te preocupes por las crías, estarán bien cuidadas.

—De eso estoy seguro —dijo Antón, y después se dirigió al grupo de hombres—. En marcha, es hora de descubrir qué está pasando aquí.

Antón y los hombres salieron volando en sus dragones y pronto desaparecieron por el cielo.

Casi metió a su dragón en una cuadra y se dirigió a las dragoneras a ver a las crías.

CAPÍTULO 3

EL TRATO DE MOFETA

Casi abrió la puerta de madera, avanzó por el pasillo cubierto de paja y se asomó por encima de las vallas de madera que delimitaban los establos. Antón tenía razón. Las crías dormían plácidamente. En un compartimento estaban los dos dragoncitos rojos de fuego, descansando panza arriba. Así dormidos, parecían dulces y tranquilos, pero Casi sabía que en cuanto se despertaran, empezarían a pelear y gruñir sin parar. Eran dragones muy agresivos y difíciles de adiestrar. En el establo de al lado, la cría de tierra estaba acurrucada junto a la de agua. Se podían oír sus pequeños ronquidos y respiraciones acompasadas.



Los minutos de paz durarían poco tiempo y Casi decidió que era un buen momento para trabajar en uno de los inventos que estaba construyendo. Salió de puntillas de las dragoneras y cerró la puerta con mucho cuidado para no hacer ruido.

Se acercó a su dragón y sacó un martillo de los canastos que llevaba en el lomo. Ahora podría terminar uno de sus guerreros de madera.

En ese momento, oyó una voz.

—¡Agua! ¡Me muero de sed!

Era Mofeta.

Casi miró el caserón y vio que el chico seguía asomado a la ventana. ¿Sería posible que Antón lo hubiera dejado sin agua? A lo mejor, con las prisas se le había olvidado. No, eso era imposible. Antón nunca haría algo así.



Casi lo ignoró, le dio la espalda y se fue a buscar unas tablas para su invento.

—Por favor —rogó el chico.

A lo mejor Antón sí se había olvidado. Aunque Mofeta no le caía bien, Casi no podía permitir que se muriera de sed.

—Está bien —dijo a regañadientes—. Ahora voy.

Sacó agua del pozo y, con el cubo en una mano y el martillo todavía en la otra, se dirigió al caserón.

Subió la escalera y llegó a la habitación donde estaba encerrado Mofeta. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, dudó. ¿Sería una trampa? Tenía que estar preparado por si a Mofeta le daba por atacarlo. Dejó el cubo en el suelo para abrir el cerrojo de hierro que mantenía la puerta atrancada. Después puso una mano en el picaporte mientras con la otra apretaba con fuerza el mango del martillo. Notó que le temblaba el pulso y respiró hondo para intentar calmar los nervios. Cautelosamente, giró el picaporte y nada más abrir la puerta sintió el olor espantoso del chico. ¡Con razón lo llamaban Mofeta! Casi reprimió una arcada y se asomó. Mofeta estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared. El chico sonrió y levantó las manos en señal de paz.

—Tranquilo, no pienso hacer nada —prometió.

Casi empujó el cubo con el pie para meterlo dentro de la habitación.

—Aquí tienes el agua —dijo el chico secamente sin quitarle la vista de encima.

—Gracias —contestó Mofeta desde la cama—. ¿Cómo te llamas?

Casi no quería contestar. Lo último que le apetecía era hablar con aquel chico apestoso, y Antón ya lo había advertido de que no debía fiarse de él. Sin embargo, al observar al muchacho, le pareció que su actitud era muy diferente a la del día anterior y, sin saber muy bien por qué, dijo:

—Me llamo Pablo, aunque mis amigos me llaman Casi.

—Yo me llamo Luis. Te diría que mis amigos me llaman Mofeta, pero, en realidad, no son mis amigos —contestó el chico—. Esa gente me llama así solo para molestarme.

—¿De dónde vienes? ¿Dónde está tu familia? —le preguntó Casi sin poder reprimir su curiosidad. Si Mofeta estaba

dispuesto a hablar, a lo mejor podía sacarle información.

Mofeta bajó la vista y se miró las manos. Parecía nervioso y triste. Después miró a Casi.

—¿Puedo beber? —preguntó.

Casi cogió el cubo y se lo acercó.

—Sí, claro —dijo.

Mofeta agarró el cubo con ambas manos, se lo llevó a la boca y empezó a beber con ansia. Cuando lo volvió a dejar en el suelo, a Casi le pareció que el chico tenía lágrimas en los ojos.

—Gracias, muchas gracias. Eres la primera persona que me ayuda en mucho tiempo —dijo Mofeta limpiándose la cara con la manga de su camisa rota.

Casi sintió lástima por él. Apenas era un niño. Llevaba ropa sucia y andrajosa, y estaba tan flaco que parecía que no había comido en varios días. Se preguntó qué le habría pasado para acabar así.

—He oído decir al dragonero que te ibas a encargar de las crías —continuó Mofeta ya más calmado—. Debes de tener muy buena mano con los animales para que se fíe de ti.

—Eso dicen... —contestó Casi sin poder disimular su orgullo—. A mí me encanta cuidarlas.

De pronto, Casi recordó que precisamente fue la banda de Mofeta la que había robado los huevos de dragón. ¿Qué hacía hablando con ese chico? El muchacho retrocedió un paso en dirección a la puerta y Mofeta notó su cambio de actitud.

—Sé lo que estás pensando —dijo Mofeta—, pero yo no tengo la culpa de lo que ha pasado.

—Sí, claro —dijo Casi—. Tú estabas en el castillo de Wickenburg. Cale me lo contó todo. ¡Estabas dispuesto a comerte a la cría de dragón de agua!

—¡No! ¡Era una broma! —dijo Mofeta—. Tienes que creerme.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque yo puedo ayudarte a recuperar las otras crías —dijo.

Casi se quedó inmóvil y observó a Mofeta con desconfianza. ¿Sería cierto que podía ayudarlo o lo estaría engañando? Se preguntó qué harían sus amigos en esa situación. Mayo seguramente no perdería el tiempo escuchándolo. Arco lo habría amenazado con su tirachinas, y Cale... Probablemente Cale lo habría dejado hablar para ver qué proponía.



—Yo no quiero estar aquí —continuó Mofeta interrumpiendo sus pensamientos—. Vine porque me ofrecieron comida y cama, pero era todo mentira. Nos mataban de hambre y nos hacían dormir en el suelo duro de piedra, sin mantas ni nada. Esa gente es cruel y malvada. Por eso quiero irme de este lugar y volver con mi familia. Pero antes quiero vengarme y llevarte al sitio donde guardan a las otras crías. No tardaremos mucho. Si salimos ahora, estaremos de vuelta antes de que regrese el dragonero ¡y tú serás un héroe!

—¿Y por qué iba a fiarme de ti? —preguntó Casi.

—Porque te digo la verdad —dijo Mofeta— y porque si no lo hacemos pronto, las crías morirán...

Casi empezó a rascarse la cabeza y a dar vueltas por la habitación. Siempre hacía eso cuando estaba nervioso. Pensó en todas las cosas que podían salir mal. Mofeta podía estar engañándolo, y si lo dejaba escapar, Antón nunca más le permitiría acercarse a la dragonería. Pero por otro lado... ¿qué pasaría si Mofeta estuviera diciendo la verdad? Él podría rescatar a las crías de dragón que faltaban. Él podría demostrar a todos que también era valiente. Se imaginó volviendo victorioso con los dragoncitos y la cara que pondría Antón al verlo. Si consiguiera recuperar las crías, Antón lo dejaría seguir cuidando de ellas y ¿quién sabe?, quizá algún día hasta podría convertirse en el próximo dragonero de Samaradó.

Se acercó a Mofeta con el martillo en alto pretendiendo tener más valor del que sentía.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Escondidas en un lugar seguro. Si me prometes que una vez que las encuentres no me perseguirás y dejarás que vuelva a mi casa, te llevaré hasta allí —prometió Mofeta.

—¡No puedo irme de aquí y dejar a las crías solas! —dijo Casi.

—¡Puedes llevarlas contigo! —contestó Mofeta—. En tu dragón he visto que tienes unos canastos grandes donde las puedes meter.

Casi empezó a rascarse la cabeza otra vez. ¡Estaba muy nervioso!

—¿Y cómo vamos a llegar allí? —preguntó—. En mi dragón solo puede ir una persona.

—Yo iré andando, y si no te fías, puedes atarme las manos con una cuerda.

Después de unos segundos de silencio, Casi tomó una decisión. Había llegado el momento de demostrar que a él no le daban miedo las aventuras.

—Muy bien —dijo—. Vamos.

Mofeta sonrió.

¿Estaría cometiendo Casi un grave error?

CAPÍTULO 4

EN BUSCA DE LAS CRÍAS DE DRAGÓN

Casi abrió la puerta de la habitación.

—Vamos, tú delante —dijo apuntando a Mofeta con el martillo para que supiera que no pensaba fiarse del todo.

Mofeta se levantó de la cama y cruzó la puerta. Mientras los dos chicos bajaban la escalera, Casi volvió a recordar las palabras de Antón: «No te fíes para nada». Observó al muchacho. Era mucho más grande y fuerte que él. Si decidiera salir corriendo, Casi no podría hacer nada para evitarlo, pero la decisión estaba tomada. Ya no se podía echar atrás.

Salieron del caserón y se dirigieron al corral donde estaba Chico.

—Voy a vaciar los canastos y hacer sitio para meter las crías —dijo Casi. Fue sacando todo y poniéndolo en el suelo: la jaula con su paloma mensajera, mapas, una manta, plumas y pergaminos, una cantimplora y una cuerda larga. Al sacar la cuerda pensó que sería buena idea tomar precauciones—. Lo siento —le dijo a Mofeta—, pero tengo que atarte.

Mofeta sonrió y extendió los brazos hacia él.

—No te preocupes —dijo mientras Casi lo ataba—. Lo entiendo. Yo haría lo mismo.



Una vez que Casi se aseguró de anudar bien la cuerda, llevó a Mofeta y a su dragón a los establos para recoger a las crías de dragón. La hora de la siesta había terminado y ahora los dos dragoncitos de fuego jugaban a pelearse, mientras el dragón de agua chapoteaba en el bebedero felizmente y la cría de tierra lo observaba escondida entre un montón de paja.

Casi abrió la puerta del compartimento de los dragones rojos y los separó. Las crías gruñeron e intentaron morderle, pero con sus bocas desdentadas no le hacían ningún daño. Con los dragoncitos retorciéndose en sus brazos, Casi salió del recinto y los metió en uno de los canastos de Chico. Después cerró bien la tapa y repitió la misma operación con los otros dos dragones para meterlos en el otro canasto.

—Y ahora llévame donde están las otras crías —ordenó a Mofeta.

—Tenemos que salir por el camino de atrás de la dragonería —dijo Mofeta—. No tardaremos.

Los dos chicos se pusieron en marcha. Mofeta iba delante con las manos atadas. Casi sujetaba el otro extremo de la cuerda y se había subido a la montura para vigilarlo mejor. Había decidido que irían todos por tierra.

Llegaron a la valla que delimitaba la dragonería, y después de atravesarla, Casi se aseguró de cerrar bien el portón de madera.



Al alcanzar la primera bifurcación del camino, Mofeta señaló a la izquierda.

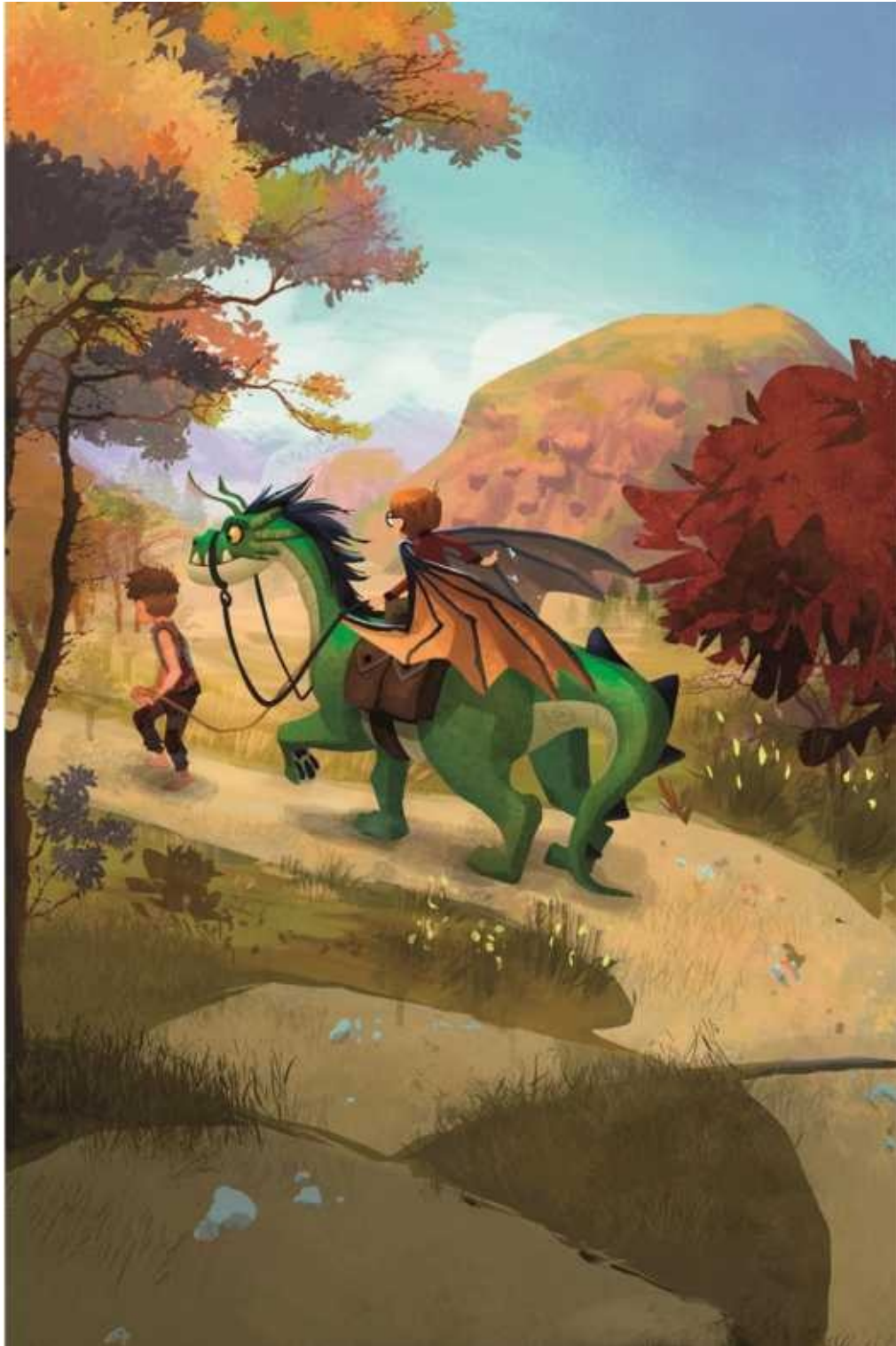
—Es por ahí —dijo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Casi.

—Muy pronto lo verás —contestó Mofeta sin dar más explicaciones.

Mientras seguían por el camino, Casi podía oír los gruñidos de los dragones de fuego peleándose dentro de su canasto. Esperaba que pronto pudieran regresar a la dragonería y estuvieran de nuevo a salvo con las otras crías. ¡Tenía que conseguirlo antes de que volviera Antón!

En el cielo vio una bandada de gansos que volaba hacia el sur en busca de un lugar más cálido para pasar el invierno. Al ver a los pájaros, Casi recordó que había dejado a su paloma mensajera en la dragonería y se llevó la mano a la frente.



—¡NO! —dijo en voz alta.
Mofeta se volvió al oírlo.
—¿Qué pasa? —preguntó.

—Eh... nada —dijo Casi. No podía decirle que había sido un tonto y se le había olvidado enviar un mensaje a sus amigos. ¿Qué ocurriría si le pasaba algo y no sabían dónde localizarlo? Tenía que avisarlos de alguna manera. Se llevó la mano que tenía libre al bolsillo y confió en que todo saliera bien.

Mofeta se detuvo de pronto y miró hacia una colina empinada cubierta de rocas y hierba.

—¿Tu dragón puede subir eso? —dijo señalando con la barbilla.

—Claro que sí —contestó Casi bajándose de la silla y cogiendo las riendas de Chico para dirigirlo.

—Pues vamos —respondió Mofeta—. El escondite está al otro lado de la colina.

Los dos chicos subieron la pendiente con dificultad. Chico no era un dragón muy ágil en tierra, y sus patas se resbalaban con las piedras. En cuanto llegaron a la cima de la colina vieron su destino final: las cuevas del Trol.

—Ahí están tus crías —dijo Mofeta.

Casi se acercó y observó con recelo la entrada oscura, abierta como la boca de un lobo. ¡Las cuevas del Trol! No quería entrar ahí. Los sitios cerrados le daban claustrofobia. Además, había oído las espantosas historias del trol que vivía en la cueva y se comía a todos los que se atrevían a entrar. No. No podía hacerlo.

Mofeta notó su indecisión.

—Vamos, asómate, no pasa nada —dijo—. ¿Quieres salvar a las crías?

Casi tragó en seco y avanzó un par de pasos cautelosamente. Le corría un sudor frío por la espalda.

De pronto, mientras intentaba vencer sus miedos, notó que alguien lo agarraba por el cuello.

—¿Qué...? —Intentó decir, pero apenas podía respirar. Mofeta le había pasado los brazos por encima de la cabeza y lo apretaba con la cuerda en la garganta.

—JA, JA, JA —se burló Mofeta—. ¿Es que tu mamá no te enseñó a no hablar con desconocidos? Venga, muévete, canijo —ordenó empujando a Casi hacia la cueva. Después miró hacia el interior y gritó—: ¡Venid a ayudarme! Os traigo un regalo.

CAPÍTULO 5

¿DÓNDE ESTÁ CASI?

Mientras tanto, en el colegio, Cale, Arco y Mayo estaban sentados en sus pupitres intentando hacer el trabajo de recuperación: escribir cien veces los nombres de todas las armas. ¡Les iba a llevar toda la tarde!

El profesor Trabuco se paseaba de un lado a otro de la clase con impaciencia y cara de mal humor.

Los chicos no se atrevían a mirarse ni a hablar. Querían acabar cuanto antes para reunirse con Casi en la dragonería. Con la cabeza pegada al papel y sus plumas moviéndose a toda velocidad, se esforzaban en terminar el castigo.



Cuando Trabuco estaba de espaldas, Cale aprovechó para mirar por la ventana. No quedaban muchas horas de sol. Se preguntó qué estaría haciendo Casi y si Antón habría descubierto a la banda de ladrones en el castillo de

Wickenburg. ¿Se habría enfrentado con ellos? ¿Habría conseguido sacarles las respuestas a todas sus preguntas? Cale estaba deseando averiguarlo.

Una hora más tarde, por fin consiguieron terminar. Pero Trabuco no estaba dispuesto a dejarlos ir tan rápidamente. Recogió los pergaminos, se sentó en la silla de su escritorio y, con gran calma, empezó a repasarlos uno a uno.

—Lo he contado varias veces —dijo Arco—. Hay cien o más!

Trabuco lo fulminó con la mirada.

—Muchachito, cuando quiera su opinión se la pediré —contestó rudamente. Después observó a los chicos con cara de desprecio y por fin dijo—: Largo de aquí. Espero que hayan aprendido la lección.

Cale, Arco y Mayo salieron corriendo del aula antes de que el profesor cambiara de opinión.

Fueron a las dragoneras de su colegio a recoger a sus dragones.

—¿Crees que Casi sigue en la dragonería? —preguntó Mayo mientras ensillaba a su dragona.

—Seguro que sí. Si se hubiera ido, nos habría enviado un mensaje con su paloma mensajera —dijo Cale.

Cale le puso las cinchas del mondramóvil a Mondragó y se subió encima. Arco y Mayo montaron en sus respectivos dragones y alzaron el vuelo.

—¡A la dragonería! —ordenó Cale agitando las riendas.

Avanzaron a toda velocidad. Arco y Mayo por el aire, y Cale por el camino de tierra, levantando una gran nube de polvo con el mondramóvil.

Llegaron a la entrada principal de la dragonería, y mientras Arco y Mayo tomaban tierra, Cale se bajó del mondramóvil y salió a buscar a Casi.

—¡Ya estamos aquí! —gritó.

No hubo respuesta. Entró en los establos donde guardaban a las crías de dragón y tampoco encontró a su amigo. Las puertas de los compartimentos estaban abiertas.



«Qué raro —pensó Cale—. ¿Dónde estará?».

En ese momento oyó que Mayo lo llamaba.

—Cale, ven a ver esto.

Cale salió y se acercó a ver lo que señalaba su amiga. Eran todos los objetos que Casi solía llevar en su dragón, esparcidos por el suelo. También estaba la jaula con la paloma.

—Aquí ha pasado algo —dijo Cale observando a su alrededor por si veía algún rastro de su amigo.

—Voy a buscarlo en el caserón —dijo Arco y se metió corriendo en la casa de troncos de madera. Unos minutos más tarde se asomó por la ventana y gritó—: ¡Casi no está aquí, y tampoco Mofeta!

—¿Dónde se habrá metido? —preguntó Mayo.

De repente, oyeron unos gemidos. Por el camino que daba a la salida de la dragonería se acercaba un pequeño dragón azul.

—¡Es la cría de dragón de tierra! —exclamó Mayo tomándola en sus brazos. La cría estaba temblando.



—Casi nunca la habría dejado sola —dijo Cale—. ¡Seguro que está en peligro!

—¡Tenemos que ir a buscarlo! —dijo Arco.

—Pero ¿adónde? —preguntó Cale—. ¿Por dónde empezamos?

Mientras los chicos pensaban un plan, Mondragó se había dedicado a olisquear las pertenencias de Casi. Sabía que allí había comida en algún sitio. Por fin encontró una galletita de dragón y se la zampó. Siguió olisqueando y vio otra un poco más lejos e intentó acercarse para comerla.

—¡Mondragó! ¡Quédate quieto! —dijo Cale sujetando sus riendas para que no se alejara. Su dragón tiró con más fuerza. ¡A él no se le escapaba una galleta!

—¡Mira! —dijo Mayo—. Por el camino hay varias galletas de dragón, y la cría venía de ahí. A lo mejor Casi nos quiso dejar un rastro. ¡Tenemos que seguirlo!

Cale abrazó a Mondragó.

—¡Eres el dragón más listo y tragón del mundo! —dijo—. Venga, busca todas esas galletas.

Mondragó movió la cola feliz y salió disparado. Cale se subió al mondramóvil para no quedarse atrás. Arco se montó en la silla de Flecha, y Mayo, en la de Bruma, con la cría todavía en sus brazos.

Cruzaron el portón de la parte de atrás de la dragonería y siguieron por el camino de tierra.

A medida que avanzaban, Cale se preguntaba qué le habría pasado a Casi. ¿Por qué se había ido? ¿Dónde estaban su amigo y las crías de dragón? ¿Conseguirían llegar a tiempo para salvarlo?

Mientras Mondragó rastreaba y se iba zampando todas las galletas, un dragón pasó volando por encima de ellos. A lomos iba un hombre con una chaqueta larga, clavándole los talones con fuerza a su animal para que volara más rápido. Era el profesor Trabuco.

«Lo que faltaba ahora —pensó Cale—. Espero que no nos vea».

Por suerte, el profesor parecía tener demasiada prisa y no reparó en ellos. Cale respiró aliviado. No quería volver a enfrentarse a él ni tener que darle explicaciones. Ese hombre era un amargado y siempre estaba de mal humor. Cale no podía dejar de pensar que si el profesor no los hubiera castigado, habrían ido antes a la dragonería y Casi no habría desaparecido. Intentó no darle más vueltas al asunto. Lamentarse no servía para nada. Tenía que concentrarse en encontrar a su amigo.

Después de recorrer un buen trecho, Mondragó se detuvo repentinamente, y Cale casi se cae por la parte de delante del mondramóvil.

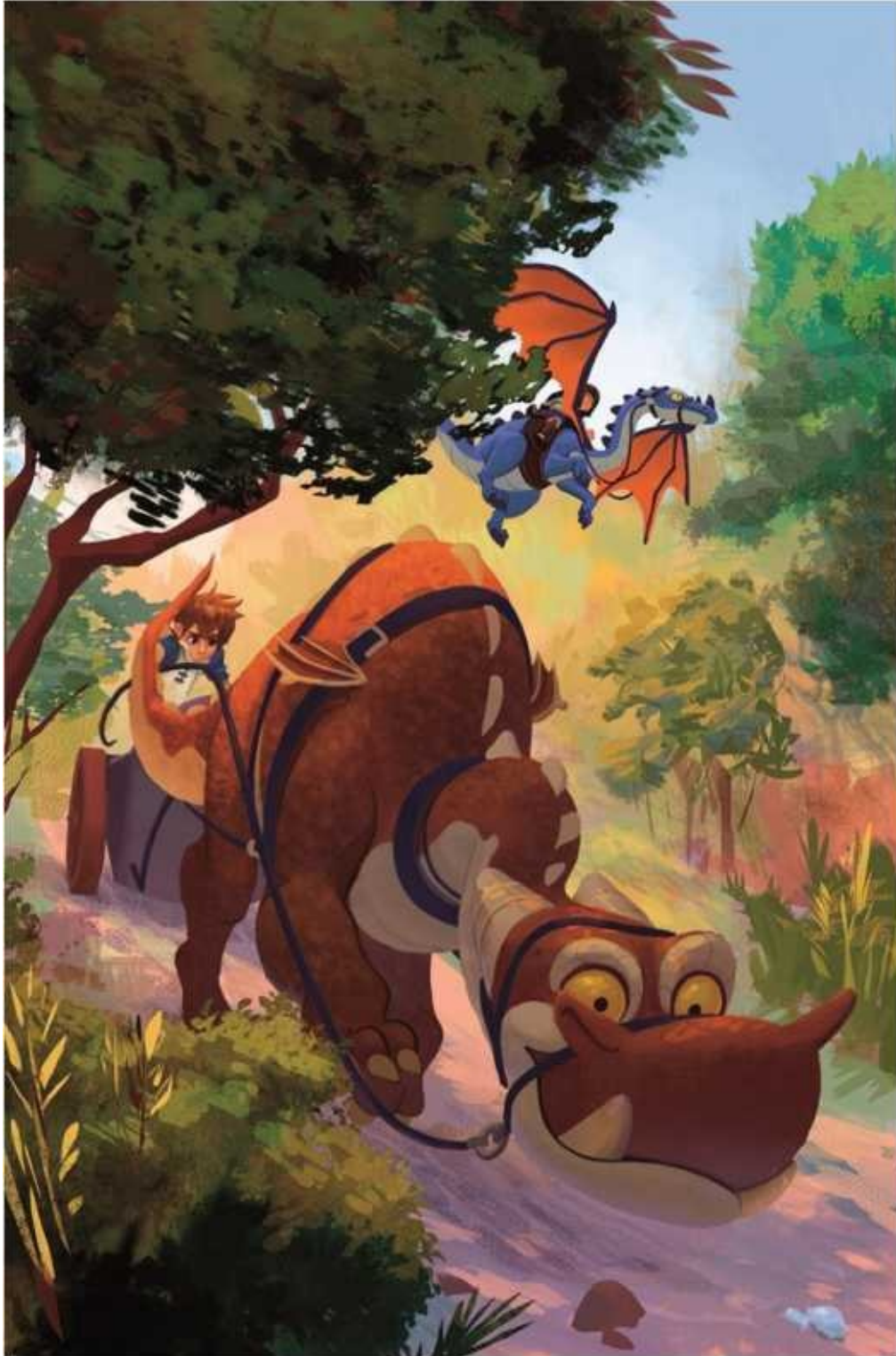
Mondragó empezó a arañar la tierra y a dar vueltas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mayo desde el aire.

—Creo que Mondragó ha perdido el rastro —dijo Cale bajándose del mondramóvil para calmar a su dragón. Estudió el camino. Ya no se veía ninguna galleta. Seguramente se las

habrían comido los pájaros. La estrategia de Casi había sido «casi» perfecta.

Frustrado y sabiendo que el tiempo corría en su contra, Cale hizo un esfuerzo por mantener la calma y pensar una solución. Observó a su alrededor. El camino seguía hasta donde se perdía la vista. A la izquierda había un bosque muy denso. Los troncos de los árboles estaban tan pegados que un dragón como Chico no podría pasar entre ellos. A la derecha había una colina empinada. Cale sabía que en esa dirección se encontraban las siniestras cuevas del Trol.



—¡Eso es! —exclamó. Les hizo un gesto a Arco y a Mayo para que se acercaran—. ¡Rápido! ¡Id volando a las cuevas a ver si veis algo! Creo que Casi está ahí.

Sin perder un minuto, Arco y Mayo salieron a toda velocidad a investigar. Cale se subió de nuevo al

mondramóvil, listo para ponerse en camino si lo avisaban.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Arco apareció con Flecha y planeó cerca de Cale. Tenía cara de preocupación.

—¡Ven, Cale! ¡Es urgente! —gritó, y regresó volando por donde había llegado.

—¡Espera! ¿Qué ha pasado? —preguntó Cale. Arco no lo oyó.

CAPÍTULO 6

LAS CUEVAS DEL TROL

Cale tiró de las riendas para dirigir a Mondragó hacia la colina empinada. Su dragón seguía escarbando la tierra y no tenía ningún interés en alejarse de allí hasta que no encontrara otra galleta.

—Por favor, Mondragó —rogó Cale.

Nada. Mondragó no le hacía ni caso.

—Está bien —contestó Cale enojado—. Pues iré yo solo.

Cale se bajó del mondramóvil y empezó a subir la cuesta. Mondragó levantó la cabeza y la ladeó. ¿Por qué se alejaba su persona favorita del mundo? El fiel dragón no pensaba dejar que Cale se fuera sin él. Inmediatamente, lo siguió, y cuando lo tuvo a su alcance, lo empujó con el morro en la espalda.

Cale se volvió y le dio unos golpecitos en el lomo.

—Sabía que podía contar contigo —dijo volviendo a subir al mondramóvil y sujetando las riendas. Esta vez, Mondragó obedeció a la primera.

Con dificultad, el dragón ascendió la cuesta hasta llegar a la cima.

Un poco más lejos, Cale vio algo que lo dejó boquiabierto.

—¡Chico! —exclamó.

El dragón de Casi intentaba meter el cuerpo por la pequeña abertura de la cueva, pero era demasiado grande y no conseguía entrar.

—¡Está atascado! —dijo Mayo, que intentaba sacar al dragón con ayuda de Arco. Cuanto más tiraban de él, el animal más empujaba hacia el interior de la cueva. Mayo había dejado al dragoncito de tierra en el suelo, y este se había enganchado con la boca a sus pantalones y tiraba hacia atrás para ayudar.



Cale se acercó corriendo para ayudar a sus amigos. Entre los tres consiguieron hacer retroceder al dragón. Chico respiraba agitado y no dejaba de mirar al interior de la cueva. Los canastos que llevaba en el lomo estaban abiertos y vacíos.

—Casi tiene que estar ahí dentro. Tenemos que ir a buscarlo —anunció Mayo mientras acariciaba a Chico para calmarlo.

Arco avanzó unos pasos dentro de la profunda cueva y después retrocedió.

—Oye, esto está muy oscuro. No se ve nada.

—Tengo una idea —dijo Mayo. Cogió un pañuelo de tela que llevaba en el bolsillo y dos palos que encontró debajo de un árbol—. Con esto podemos hacer antorchas.

—¿Y cómo vas a encenderlas? —preguntó Arco.

Mayo miró a Cale y este sonrió al darse cuenta de lo que quería. Cale se acercó a Mondragó, le hizo cosquillas en la nariz y el dragón estornudó con fuerza lanzando una bola de fuego.



¡ACHÚS!

Rápidamente, Mayo acercó el extremo de los palos con la tela para prenderle fuego. ¡Su plan había funcionado!

Arco la miraba con la boca abierta.

—Alucinante —dijo—. A mí nunca se me habría ocurrido eso.

Los tres llevaron a sus dragones detrás de unos árboles, y Cale se aseguró de atar bien las riendas de Mondragó a un tronco para que no volviera a escaparse como el día anterior. Mayo metió a la cría de dragón azul en uno de los canastos de Chico. Habían decidido que allí estaría más segura y los otros dragones la protegerían. A Bruma, Chico y Flecha los dejaron sueltos para que pudieran defenderse en caso de peligro.

Había llegado el momento de ayudar a su amigo. Cuando los tres se dirigían a la cueva, Arco pisó un charco sin darse cuenta y se manchó los pantalones. En lugar de continuar, metió las manos en el charco y se embarró los brazos.

—¡Arco, no es momento de jugar! —dijo Cale.

—No estoy jugando —se defendió Arco levantando las manos manchadas y pasándoselas por la cara—. Es que estaba pensando que deberíamos cubrírnos la cara y los brazos con barro para que no nos vean.

—¡Bien pensado! —contestó Cale.

—Bueno, es que a veces a mí también se me ocurren buenas ideas, así, de repente —contestó Arco estirándose muy orgulloso.

Los tres se embadurnaron la piel y la ropa con el barro.

Ahora sí estaban preparados. ¡Por fin! Mayo y Cale se metieron en la cueva con las antorchas en alto, seguidos de Arco. Pronto notaron que la temperatura había bajado. Cale miró hacia el techo de la cueva y distinguió cientos de murciélagos colgados boca abajo. Parecían un ejército listo para atacarlos. Un escalofrío le recorrió la espalda.

El túnel de la cueva llegó a una bifurcación. A la derecha había un pasadizo estrecho y bajo. Para meterse por ahí tendrían que arrastrarse por el suelo. El túnel de la izquierda era algo más elevado, y desde su interior parecían oírse unos ruidos. En el suelo había algunas antorchas quemadas, y una luz tenue brillaba en el fondo del pasadizo.

—Allí hay alguien —dijo Cale señalando la gruta de la izquierda—. Tenemos que ir con mucho cuidado.

Pegados a la roca fría y escondidos entre los salientes de las paredes, los chicos siguieron el sonido de unas voces.

Cale se llevó la mano a la boca para que sus amigos no hicieran ruido. Después le hizo un gesto a Mayo para que apagara su antorcha y él hizo lo mismo.

Poco a poco fueron adentrándose en el túnel hasta llegar a una gran gruta. En el centro había una hoguera que iluminaba la cara de la gente que la rodeaba. Cale reconoció a dos chicas que había visto peleándose en el castillo de Wickenburg el día anterior. ¡Allí estaba la banda de ladrones al completo! Esta vez ninguno llevaba su disfraz de planta, sino que iban vestidos con ropas andrajosas que dejaban ver

sus cuerpos flacos y sucios. Entre ellos se encontraba Mofeta, con los brazos cruzados y la barbilla levantada en un gesto victorioso. ¡Seguro que él era el responsable de la desaparición de Casi!



Pero ¿dónde estaba Casi? Cale siguió estudiando la situación.

Delante de la banda, y de espaldas a él y sus amigos, había dos personas que debían de estar al mando del grupo. Una de ellas era alta y señalaba algo con el brazo. La otra parecía más joven. Tenía el pelo largo y sujetaba en la mano derecha una cadena que terminaba en una bola con pinchos.

Cale miró en la dirección que señalaba el más alto y tuvo que reprimir un grito de rabia.

Era Casi.

Su amigo estaba en el suelo, amordazado y atado de pies y manos. Tenía la frente apoyada en las rodillas y movía la espalda como si estuviera sollozando. Cerca de él había un corral rudimentario hecho de palos donde habían metido a las crías de dragón. Los dragoncitos de fuego rugían ferozmente al grupo de chicos, mientras que el de agua intentaba escapar entre los barrotes. Con ellos había otras dos crías de dragón que Cale no había visto antes. Eran dragones negros, con las alas muy grandes y una cola larga que terminaba en una especie de mazo con el que golpeaban los barrotes de madera; las crías de dragón de las cuevas. Mientras Cale analizaba la situación, oyó a uno de los chicos del grupo.

—¿Qué hacemos con este? —preguntó.

—¡Acabad con él y llevad a las crías al escondite! —ordenó la persona baja que estaba de espaldas.

A Cale casi se le para el corazón al oír su voz. Sabía perfectamente quién era: su peor enemigo, la persona que se había dedicado a talar los árboles parlantes con su diabólico padre: ¡MURDA! Ahora sí que estaba seguro de que había vuelto con peores intenciones que nunca. Cale apretó los puños con rabia. Ya lo habían detenido una vez ¡y volverían a hacerlo! No permitiría que Murda se saliera con la suya.

Miró a Mayo. Sabía que su amiga también lo había reconocido y lo observaba con el ceño fruncido, como si estuviera ideando un plan. Pero era imposible. Casi estaba

completamente rodeado de la banda de ladrones. Eran demasiados. No podrían sacarlo de ahí ellos solos.

¿Qué podían hacer?

—Creo que deberíamos ir a pedir ayuda —susurró por fin Mayo.

—No hay tiempo para eso —dijo Cale.

—Es verdad. Tenemos que actuar YA —contestó Arco—. No os mováis. Tengo una idea.

—¡No! ¡Espera, Arco! —dijo Cale intentando detener a su amigo.

Demasiado tarde. Arco no estaba dispuesto a esperar ni un segundo más. Se acercó a la gruta. Se plantó en medio del túnel con los brazos levantados y empezó a gritar:



—¡EH, AQUÍ! ¡VENID A BUSCarme! ¡VAMOS, VALIENTES!

Cale y Mayo miraban atónitos a su amigo. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¡Arco se había vuelto loco!

—¿QUÉ PASA? ¿TENÉIS MIEDO? —insistió Arco.

El grupo de ladrones lo miró sorprendido. Algunos parecían asustados al ver a aquel ser cubierto de barro que movía los brazos sin parar provocándolos. ¿De dónde habría salido? ¿Sería el famoso trol de la cueva?

Los que estaban al mando se volvieron y vieron la silueta de Arco contra la luz del fuego de la hoguera. En la cara manchada de barro, asomaba su sonrisa burlona.

Durante unos segundos nadie se movió. Entonces, el jefe de la banda gritó:

—¡ATRAPADLO!

CAPÍTULO 7

ARCO EN APUROS

Al oír la orden, el grupo de chicos lanzó un grito de guerra y salió disparado hacia Arco. Algunos se armaron con palos y piedras que habían cogido del suelo de la caverna.

—¡AL ATAQUE! —gritó uno.

Arco dejó que se acercaran, y cuando estaban a unos metros, dio media vuelta, y antes de salir huyendo, les dijo a Cale y a Mayo:

—Rescatad a Casi. Yo me encargo de estos.

—¡Arco, no! —Intentó avisarlo Mayo, pero Cale la empujó contra un saliente de la pared para que no los vieran. Mientras la banda de ladrones pasaba a su lado, Cale y Mayo permanecieron en silencio con el cuerpo pegado a la roca.

—No te muevas —le susurró Cale a Mayo cuando pasó el último chico—. Los jefes siguen ahí.

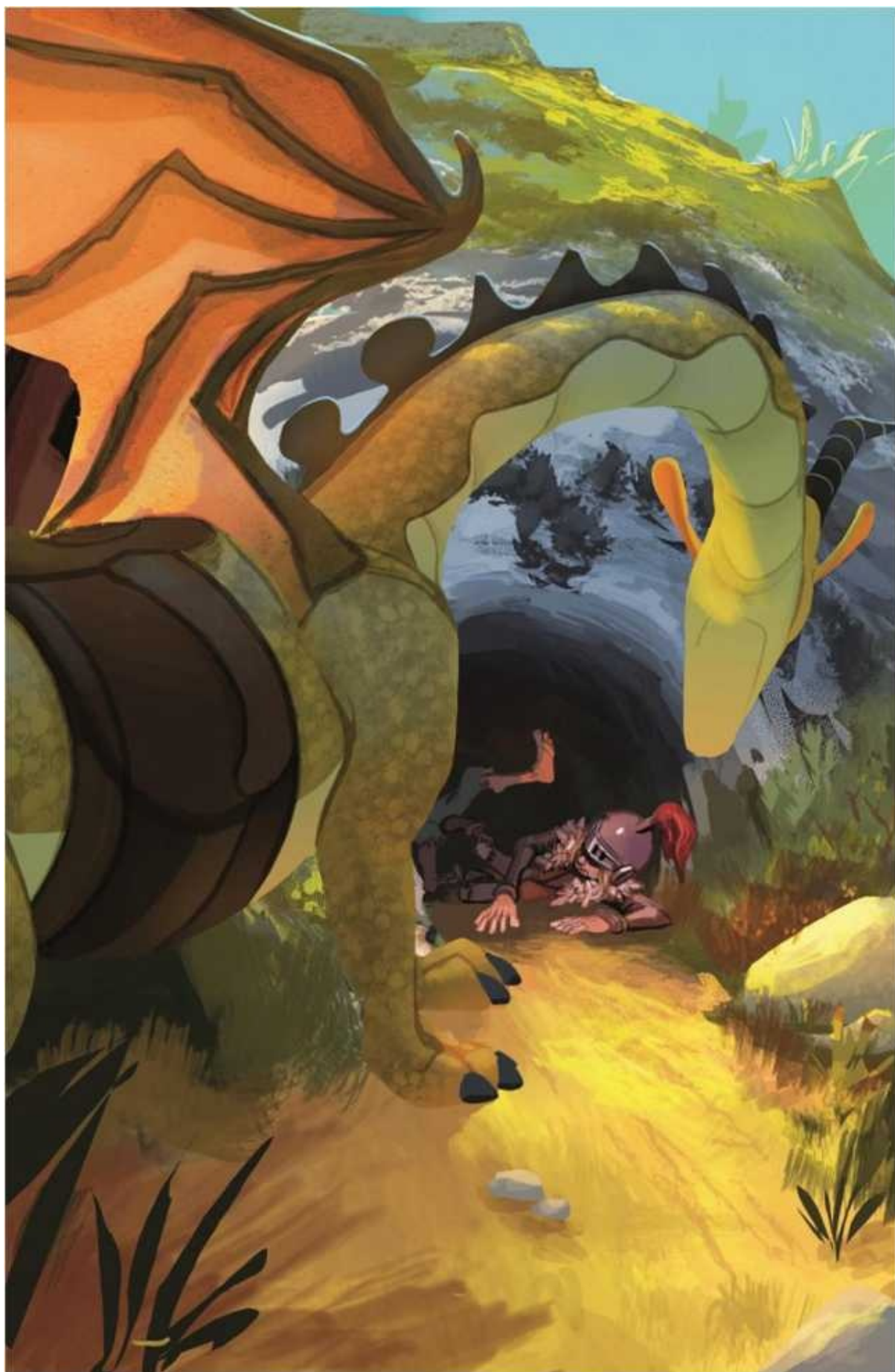
Mayo sentía que el corazón le iba a mil por hora. Le latía tan fuerte que le parecía oír el ruido retumbando en las paredes de la cueva. Oyeron las pisadas de los chicos persiguiendo a Arco y los gritos del chico animándolos a que lo persiguieran.

De pronto se oyó un silbido muy fuerte.

¡FIIIIIIIIIIU!

—¿Qué ha sido eso? —susurró Cale.

—Es Arco, que está llamando a Flecha —dijo Mayo.



Efectivamente, al oír el silbido de Arco, su fiel dragón alzó el vuelo y salió inmediatamente a reunirse con él.

Arco ya podía ver la luz del exterior y a su dragón que lo esperaba en la entrada de la cueva. ¡Lo iba a conseguir!

Tres metros más, dos, uno...

¡PLAF!

El chico cayó de bruces en la dura roca.

—¡Te tengo! —gritó el muchacho, que lo había agarrado por una pierna.

Arco gimió de dolor, se retorció, y con la pierna que tenía libre, le pegó una buena patada al chico en el pecho, haciéndolo retroceder.

—¡JA! ¡Ya te gustaría! —se burló. Se incorporó y llegó corriendo hasta donde estaba su dragón. Con un salto, se subió a la montura, y Flecha movió las alas y se elevó en el aire.

Arco mantuvo a su dragón delante de la entrada de la cueva y esperó a que el grupo de chicos saliera a buscarlo. Cuando los tuvo a todos delante, le dio un toque de talones a su dragón y tiró de las riendas para que se elevara un poco.

Un chico le lanzó una piedra y Flecha la esquivó con facilidad.

—JA, JA, JA. A ver si apuntas mejor. Mira, me voy a acercar más... —se burló haciendo que Flecha volara hacia el chico y le diera con la cola en la cara.

Otros chicos empezaron a lanzarle palos y piedras, pero Arco y Flecha eran demasiado rápidos para ellos y conseguían apartarse sin problema.

—¿Es que sois todos igual de malos? —les retó Arco.

—Te voy a... —amenazó Mofeta lanzándose a las piernas de Arco.

Arco se movió y el chico cerró las manos en el aire.

—¿A qué? Venga, te espero —dijo Arco volando con su dragón colina abajo. Mofeta y el resto lo persiguieron. ¡Arco los estaba alejando de la cueva!

Desde el escondite, Mayo y Cale no podían ver lo que estaba pasando. Ya no oían los gritos de los chicos ni los silbidos de Arco. De hecho, en la cueva solo se oían los lloros de Casi y los gemidos de las crías de dragón, que intentaban salir del corral.

—Vamos a investigar —susurró Mayo.

Cale y Mayo se agacharon y se arrastraron por el suelo para asomarse por detrás del saliente de la pared.

En medio de la gruta, los dos cabecillas del grupo estaban hablando. Cale no conseguía verle la cara al más alto. ¿Sería Wickenbug, el padre de Murda? Cale recordaba al antiguo alcalde de Samaradó con una gran barriga. Si era él, desde luego había perdido mucho peso.

Cale se esforzó por oír lo que estaban diciendo.

—¿Quién era ese? —dijo el alto.

—No estoy seguro —contestó Murda—, pero probablemente no está solo. Debemos ir a buscar las armas antes de que vuelva con refuerzos.

—De acuerdo. Si se atreven a venir, se llevarán una buena sorpresa —contestó.

—¿Y qué hacemos con este y las crías? —preguntó Murda señalando a Casi.

—No pueden ir a ningún sitio y volveremos muy pronto —contestó el primero dirigiéndose a un pasadizo que salía del fondo de la gruta.

Cale miró a Mayo. Su amiga también había oído la conversación y apretaba la boca con un gesto de rabia. En cuanto se perdieron de vista, Cale supo que era el momento de ponerse en acción.

—Vamos a rescatar a Casi antes de que vuelvan —dijo—. Vigila el sitio por donde se han ido y avísame si oyes algo.

—De acuerdo —dijo Mayo.

Salieron de su escondite cautelosamente y entraron en la gran gruta. Las crías de dragón estaban asustadas y se movían inquietas. Casi seguía en el suelo, atado de pies y manos, con la cabeza baja. Cale se agachó a su lado y le puso la mano en el hombro, haciendo que Casi se sobresaltara.

—Tranquilo, soy yo —le dijo—. Vamos a sacarte de aquí.

Casi levantó la cabeza. Al ver a Cale empezó a sollozar de nuevo.

—Shhh... no hagas ruido —dijo Cale quitándole la mordaza.

Cale empezó a desatar los nudos de la cuerda que tenía Casi en los pies mientras este intentaba desanudar con los dientes la cuerda que tenía en las manos.

—¡Daos prisa! —gritó Mayo.



Era muy difícil. Los nudos estaban muy apretados y a Cale se le resbalaban los dedos y era incapaz de aflojarlos. Casi mordía la soga con rabia, hasta que por fin, cedió. Después, entre los dos consiguieron desatar la cuerda de los pies.

Cale ayudó a Casi a ponerse de pie y fueron corriendo a coger las crías.

—¡Que vienen! —exclamó Mayo.

Mientras Cale tomaba en sus brazos a las crías de fuego, Casi intentaba atrapar a las dos crías negras, pero estas lo golpeaban con la cola para defenderse.

—¡Falta la cría de tierra! —dijo Casi.

—Está a salvo. Luego te lo cuento —dijo Cale.

Mayo dejó su puesto de vigilancia y se acercó a sus amigos. Levantó la cría que faltaba y, antes de salir huyendo, cogió uno de los troncos en llamas que estaba en la hoguera.

—¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí! —dijo.

Con los animales en brazos, los tres chicos salieron de la gruta corriendo. Cale y Casi iban delante y Mayo los seguía de cerca. Por detrás de ellos se oía el ruido de algo que se arrastraba por el suelo. Eran Murda y su secuaz, que empujaban un cañón pesado hacia la gruta.

—¡Nos van a disparar! —dijo Mayo cuando miró hacia atrás y vio la punta del cañón asomándose por el túnel.

Un murciélago pasó por encima de sus cabezas, y los tres chicos se agacharon para que no chocara con ellos. Eso le dio una idea a Mayo. Lanzó hacia el techo el palo en llamas y cientos de murciélagos salieron volando y chillando. La cueva se convirtió en una nube negra de animales que aleteaban con fuerza. Eso les daría un poco de tiempo.



—¡Ya casi estamos! —gritó Cale al ver la salida de la cueva.

¡PUM!

El disparo del cañón retumbó en la cueva.

CAPÍTULO 8

LA HUIDA

Cale, Mayo y Casi se tiraron al suelo y protegieron con el cuerpo a las crías de dragón. La bola de hierro que había lanzado el cañón salió disparada por la boca de la cueva y chocó contra el tronco de un árbol, partiéndolo por la mitad como si fuera un palillo.

¡CRAS!

Un milímetro más y habría herido a alguno de los chicos.

Asustados por el ruido, los murciélagos salían despavoridos de la cueva lanzando chillidos agudos y huyendo desesperados sin rumbo.

—¡Tenemos que llegar a los dragones antes de que vuelvan a cargar el cañón! —gritó Cale.

Los tres amigos se pusieron de pie, salieron de la cueva y fueron hacia el bosque donde esperaban sus dragones. Cuando llegaron, vieron que Mondragó estaba intentando soltar las riendas del tronco del árbol. Tiraba hacia atrás con fuerza con las patas clavadas en la tierra. Bruma tenía las alas extendidas, lista para levantar el vuelo, y Chico se movía inquieto. El dragón de Casi de pronto vio a su dueño y corrió hacia él. Casi lo abrazó.

—¡Mete a los dragones en el canasto! —dijo Cale mientras él guardaba a las dos crías de fuego en el otro y Mayo hacía lo mismo con la cría de agua.

Casi abrió el canasto, y cuando levantó la tapa, se asomó la cabecita de la cría azul. Al ver al chico empezó a gemir contenta.

—¡Está aquí! —dijo Casi mientras intentaba impedir que la cría saliera del canasto y metía a las otras a su lado—. ¿Dónde la habéis encontrado? —le preguntó a Cale.

—En la dragonería —contestó Cale cerrando el canasto. Después se acercó a Mondragó y le acarició la cabeza—. Tranquilo, tranquilo —dijo—. Te voy a soltar y saldremos de aquí.

¡PUM!

Se oyó otro cañonazo.

Casi y Mayo se sentaron en la montura de sus dragones y rápidamente alzaron el vuelo.

Cale desató las riendas de su dragón, se subió al mondramóvil y fue detrás de sus amigos.

TIPOS DE DRAGONES

Existen seis tipos de dragones diferentes. Antón, el dragonero, es el encargado de asignar cada dragón a su correspondiente dueño. Antes de hacerlo, analiza la personalidad de esa persona, el lugar donde vive y las actividades a las que se dedica. Tener un dragón es una gran responsabilidad. Los dragones son animales muy fieles, protegen a sus dueños y los llevan de un lugar a otro, pero los dueños también deben cuidar y proteger a sus dragones.

DRAGONES DE TIERRA O COMPACTIFORMES



Son animales tímidos y cariñosos. Tienen las patas cortas y el cuerpo pequeño en comparación con otros dragones. No son muy ágiles, pero sí muy fuertes, y pueden llevar grandes cargas. Les gusta dormir en camas mullidas de paja y no necesitan hacer mucho ejercicio.

Chico, el dragón de Casi, es un dragón de tierra.

DRAGONES DE FUEGO O MANDIBULADOS



Estos dragones son animales dominantes y agresivos, muy difíciles de adiestrar. Suelen ser de color rojo brillante. Lanzan grandes bolas de fuego por la nariz y gruñen sin parar. Con disciplina y alguien que sepa dominarlos, son animales formidables e incansables. Les gustan los lugares cálidos.

Los dragones gemelos del exalcalde Wickenburg y de su hijo Murda son dragones de fuego.

DRAGONES DE AGUA O MISTERIMORFOS



Reciben este último nombre porque nunca se sabe qué aspecto van a tener. Son los únicos dragones a los que les gusta el agua. Suelen ser juguetones y muy traviesos. Como son bastante tragones, conviene controlar su dieta para que no engorden. Son el compañero de juego perfecto, pero se distraen mucho y es probable que hagan que su dueño siempre llegue tarde.

Mondragó es un dragón de agua.

DRAGONES DE LAS CUEVAS O CAZARÍFEROS



Estos dragones son muy buenos cazadores. Tienen un gran sentido del olfato y pueden ver en la oscuridad. Se mueven sigilosamente. Son animales nocturnos y no les gusta madrugar. Sus dientes afilados son muy útiles para cortar cualquier cosa.

El dragón de Fierro, el herrero, es un cazarífero.

DRAGONES DE VIENTO O VELOCÍPTEROS



La característica principal de estos dragones son sus enormes alas, que les permiten tener grandes destrezas de vuelo. Son muy ágiles y los animales más veloces que existen. Les gustan los espacios grandes y necesitan hacer mucho ejercicio para mantenerse en forma.

Flecha, el dragón de Arco, y Bruma, la dragona de Mayo, son dragones de viento.

DRAGONES DE HIELO O MULTIMEMBRADOS



El cuerpo de estos dragones es muy diferente al del resto. Pueden tener dos cabezas, dos colas o seis patas. Son muy útiles en trabajos de construcción o para realizar distintas tareas a la vez. Resisten temperaturas frías y les gustan las montañas y las actividades al aire libre.

El dragón bicéfalo de Antón es un dragón de hielo.



Ana Galán nació en Oviedo, España, el 3 de septiembre de 1964, pasó su infancia y gran parte de su juventud en Madrid.

Desde pequeña supo que quería ser veterinaria, y no paró hasta conseguirlo.

Vive en Nueva York, y en las pocas ocasiones en las que no está delante de su ordenador escribiendo, contestando correos electrónicos, hablando o descargando fotos, se dedica a jugar y a entrenar a un labrador para que un día se convierta en un gran perro-guía para ciegos.

Es la autora de *El club Arcoíris* entre otros muchos libros para niños y jóvenes.